

olvidado usted ya? la muerte nos amenazaba á todos, y no veía usted tanta distancia entre un soldado y la orgullosa...

ISAB. ¡Felipe!

FEL. Sí; entonces yo era joven, era valiente, pero no era nada más que un soldado, y sin embargo, usted lo olvidó un momento... el agradecimiento tal vez, la situación, todo produjo el amor, y desde entonces su libertador de usted vino á ser su esclavo.

ISAB. (Asustada, señalando la puerta de Federico.) ¡Por Dios! más bajo.

FEL. Entonces, conmovido por sus remordimientos de usted, por su desesperación, á todo me sometí; quiso usted, como era justo, reparar el extravío de un momento; su conciencia exigía que la religión santificase su falta, y exigió usted de mí que vínculos sagrados y eternos borrasen aquel error: á nada me opuse, nos casamos; aún más: por el decir de las gentes, por ese mismo orgullo inconsiderado, exigió usted de mí que nuestro matrimonio fuera y se conservase eternamente secreto: yo consentí, y desde aquel día tu esposo, Isabel, ignorado, confundido entre tus mismos criados, nunca ha proferido una queja, una sola queja. ¿Y sabes, sin embargo, todo lo que sacrificué? Nunca te lo he dicho, pero... en una aldea feliz, al lado de mi anciano padre, una joven bella y virtuosa aguardaba el regreso del infeliz soldado... había recibido mi juramento; en fin, me amaba aquélla, y me amaba con orgullo, se envanecía con mi amor: ella hubiera hecho mi fortuna; pues, á pesar de todo, yo la escribí que ya la había olvidado, que no contase con mi corazón, que nunca me volvería á ver. Hice aún más; por permanecer al lado de mi hijo me resigné á verle huérfano en la casa de los autores de sus días, criado por compasión en casa de su madre, que para ocultar una supuesta falta le priva de sus derechos; me condené á no estrecharle nunca en mis brazos, á no amarle sino á hurtadillas como si fuera un crimen; y en premio de tanta resolución, de tan grandes sacrificios, sólo una cosa te pido, una sola, ¡Isabel! la felicidad de tu hijo, y me la niegas.

ISAB. ¡Ah! Tú no sabes cuán á mi pesar, pero me es imposible, y extraño este rompimiento: después de veinte años de silen-

cio, no esperaba yo que tú exigieras una cosa que puede arrebatar me en un día lo que más estimo en el mundo, el aprecio y la consideración de los que me rodean; si esta boda se hiciese me acusarían de olvidar mi cuna, y Dios sabe si le darían una interpretación siniestra, si adivinarían la verdad. ¡Ah! si la pública malignidad llegase á traslucir aquella falta, si se llegase á saber este vergonzoso secreto, ¡cielos! sólo de pensarlo me estremezco, yo no sobreviviría, Felipe, á semejanza afrenta: en fin, concluyamos, esta boda es imposible, y no se hará jamás.

FEL. ¡Jamás!

ISAB. Felipe, déjame. (Quiere irse.)

FEL. (Deteniéndola con fuerza.) No, Isabel, no te dejes.

ISAB. ¡Ah! Por Dios, acuérdate de nuestros convenios: muda ese estilo, que te pueden oír.

FEL. Bien, señora, le mudaré; será un sacrificio más, pero con una condición. Yo he podido inmolar me á su tranquilidad de usted, á su orgullo... pero en cambio de tantos tormentos, de tales humillaciones, necesito la felicidad de mi hijo... me es indispensable, lo exijo, y la lograré por cualquier medio que sea, aun por los que usted tanto teme.

ISAB. ¿Qué oigo? ¿Y tu deber, tus juramentos?

FEL. Y usted que me reconviene, ¿cumple usted por ventura los suyos?

ISAB. Gente viene: ¡silencio por Dios! (Felipe vuelve á tomar una postura reverente. Doña Isabel se aparta hacia la izquierda.)

#### ESCENA VIII

Dichos, LORENZO

LOR. Señor Felipe...

ISAB. ¿Qué hay, Lorenzo?

LOR. Nada, señora; es para el señor Felipe.

FEL. ¿Para mí?

LOR. Sí, señor, ese papel para usted que acaba de subir el portero: si yo hubiera sabido que estaba aquí la señora, no hubiera entrado así...

FEL. No tiene sobre.

LOR. No importa, no importa, es para usted; un mozo la ha traído hace ya un buen rato, diciendo que se la entregasen al instante.

FEL. Es particular.

ISAB. Basta. Anda con Dios, Lorenzo.

#### ESCENA IX

FELIPE, DOÑA ISABEL

FEL. No sé por qué me estremece esta carta. (Recorre la carta, y da un grito.) ¡Ah!

ISAB. ¿Qué es?

FEL. ¡Federico! ¿será cierto? (Suelta la carta, y se arroja en el cuarto de Federico.)

ISAB. ¡Federico! ¿Qué dice? ¿qué nueva desgracia...? (Recoge la carta, y la lee rápidamente.) «Padre mío, perdóneme usted si le desobedezco; pero ahora menos que nunca puedo vivir afrentado. Hijo de militar, nadie podrá llamarme cobarde; ha llegado la hora. Adiós. Dentro de poco, ó quedará vengado, ó ya no existirá.» (Dirigiéndose hacia Felipe.) ¿Es posible? ¡Federico!

FEL. (Pálido.) Esto es hecho; la ventana que da al patio estaba abierta... se ha escapado.

ISAB. ¡Dios mío!

FEL. Marchó, y tal vez en este momento... (Sollozando.) ¡Hijo mío! ¡querido hijo!

ISAB. (Sosteniéndole.) ¡Felipe!

FEL. (Cayendo sobre un sillón.) Ya no le veré más; le matará.

ISAB. (Agitada.) No, no; tal vez será tiempo todavía; es preciso seguirlos.

FEL. ¿Y adónde? ¿Dónde estarán ahora?

ISAB. No importa, es preciso hallarlos. (Corriendo á la puerta del fondo, que abre, y llama.) Lorenzo, Pepe, Antonio, (Toca la campanilla.), venid todos, pronto, al momento.

#### SCENA X

Dichos, LORENZO, varios criados, MATILDE

ISAB. ¿Dónde está mi sobrino?

LOR. ¿El señor vizconde? Ya ha rato que salió.

ISAB. Y Federico, ¿quién le ha visto salir?

LOR. Yo estaba á la puerta cuando salió; subió sin reparar en nada en un coche de alquiler de los que están en fila en la calle...

ISAB. ¿Qué dirección tomó?

LOR. No puse cuidado, señora; y no sé...

MAT. (Entra.) ¿Qué es eso, querida tía? ¿qué hay?

ISAB. Nada, hija; quisiera hablar inmediatamente al vizconde. (A los criados.) Montad á caballo todos, id á casa de mi sobrino, á casa de sus amigos, buscadle donde quiera que esté, decidle que le espero, que quiero verle al momento; vamos, al instante.

LOR. Pero, señora...

ISAB. Sin dilación, y traedle con vosotros. (Vanse.)

MAT. ¡Dios mío! Nunca la he visto á usted tan inquieta por el vizconde. ¿Es cosa tan urgente?

ISAB. Sí; quitate: ¿me dejarás en paz? Te lo mando: ¿no puedo yo estar sola?

MAT. Me voy, tía, me voy. ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Qué será esto? (Vase.)

#### ESCENA XI

DOÑA ISABEL, FELIPE

ISAB. Felipe... vuelve en tí: tal vez... sí... volverá.

FEL. No, señora, no; él no tiene más que valor, y su contrario... no me engañan mis presentimientos, ya nunca le verá.

ISAB. (Llorando.) ¡Federico! ¡Nuestro hijo!

FEL. Esa es la primera vez que pronuncia usted esa palabra: ¡nuestro hijo! Ahora llora usted; ya es tarde.

ISAB. Sí; aunque se haga pública mi vergüenza, yo le quiero con todo el amor de madre: ¡cuántas veces se han abierto mis brazos para estrecharle á mi pecho, para llamarle hijo!... siempre se cerraban de desesperación... ¡Ah, Felipe! si hubieras podido leer en mi corazón, si hubieras conocido sus angustias, la lucha de sus afectos, me hubieras perdonado. Mi único consuelo era pensar en él, pensar en su porvenir, en su felicidad, sus bienes...

FEL. (Amargamente.) ¡Bienes! ¡dínoro! Sí; ustedes creen que eso es todo. (Se levanta.) Una madre era lo que debía usted haberle dado.

ISAB. ¡Por Dios, Felipe!

FEL. Usted le amaba, y él no lo sabía.

ISAB. ¡Felipe!

FEL. Morirá sin que su madre le haya dado un abrazo.

ISAB. ¡Por Dios!

FEL. Su orgullo de usted... usted es quien le asesina.

ISAB. ¡Cielos! no, no; no morirá: el cielo tendrá piedad de nosotros. Matilde, mis bienes, mi vida, todo lo doy si me vuelven á Federico.

FEL. A buena hora. (Escucha.)

ISAB. ¿Qué es eso?

FEL. ¡Silencio! ¿No oye usted? Ha sonado un coche.

ISAB. Ha parado en casa. (Se miran, y se dan

la mano para sostenerse: doña Isabel, tremula.) Sí. ¿Por qué hemos de temblar? El será, Federico.

FEL. Sí, le traerán moribundo.

ISAB. Esto es demasiado padecer: sepamos cuanto antes... (Se precipita hacia la puerta, y encuentra á Matilde.)

## ESCENA XII

DOÑA ISABEL, MATILDE, FELIPE

MAT. Tía, tía, tranquilícese usted; aquí está.

FEL. é ISAB. ¿Quién?

MAT. (Alegre.) Su sobrino de usted, el vizconde.

ISAB. Yo fallezco. (Cae en un sillón.)

MAT. ¿Cómo?... preguntaba usted por él, y cuando viene... ¡Dios mío! socorrámosla: Felipe... ¡ay! me da usted miedo.

FEL. Viene, ¿eh? Mejor... me matará también á mí, ó le vengaré. (Va hacia el fondo y Matilde quiere detenerle.)

MAT. ¡Felipe!

ISAB. Detente. (En el fondo el vizconde.)

TODOS. El es.

## ESCENA XIII

Dichos, el VIZCONDE

FEL. Viene solo; no hay duda.

ISAB. Yo me muero.

VIZ. (Alegre.) Vamos, ¿qué ocurre? Están ustedes todos pálidos, consternados... (Se acerca á su tía.) ¿Con que usted sabía?...

ISAB. Todo lo sabemos.

VIZ. ¿Y temblaba usted por mí? ¿Qué bondad! Pues ya sosiéguese usted, tía mía, ya estoy aquí.

FEL. (Acercándose al vizconde.) ¿Y Federico?

MAT. (Asustada.) ¡Federico!

FEL. (Con rabia.) Salgamos...

VIZ. (Admirado.) ¿Qué? ¿Qué tiene este hombre?

FEL. Sígame usted.

VIZ. ¿Para qué, para socorrerle? Es inútil... Su herida no vale la pena.

ISAB. ¿Qué dices?

MAT. ¡Su herida!

FEL. ¿No está más que herido?

VIZ. Un rasguño... Contra mi costumbre.

TODOS. ¡Es posible!

FEL. ¡Ah! Vizconde, ¿no me engaña usted?

ISAB. ¿No le has muerto?

VIZ. ¡Yo! Pues está bueno; si hubiera sido un

tirador como yo, podía apostarse doble contra sencillo que ese hubiera sido el resultado; pero como es un torpe, que en su vida las ha visto más gordas, él ha sido el que por poco me...

FEL. ¡Cómo!

VIZ. Primero le pinché en la mano... un arañazo, nada; entonces me planté, y le dije: «Señor mío, basta, ya hay sangre.» «¿Cómo que basta!—gritó volviendo á coger su espada,—no, señor; aquí ha de quedar uno de los dos; defiéndase usted.» Y se arroja sobre mí, como un loco, sin gracia, sin método, contraviniendo á todas las reglas; cosa insufrible para quien se bate por principios. Y en el momento en que yo le grité, riéndome, que tenga mejor su espada, me hace saltar la mía.

FEL. ¿Le ha desarmado á usted?

VIZ. Contra todas las reglas; sin embargo, lo confieso, se ha portado con honor, y, si no es diestro, á lo menos es valiente.

ISAB. (Reconozco la sangre que corre por mis venas.)

VIZ. Entonces me dijo generosamente: «Vuelva usted á tomar su espada;» y yo no quise: al fin le debía la vida.

FEL. (Es hijo mío.)

## ESCENA XIV

Dichos; FEDERICO, que trae la mano vendada con un pañuelo.

TODOS. ¡Federico!

FED. (Abrazando á Felipe.) ¡Querido amigo! ¡Querido pa...!

FEL. (Interrumpiéndole.) Bien, bien. (Mirándole con vanidad.) (Es mi hijo, es mi hijo.)

FED. ¿Me perdonan ustedes este mal rato que...?

MAT. Yo, no, señor; no tiene perdón habernos dado tal susto.

FED. ¡Matilde!

ISAB. (A mí nada me dice; me juzga indiferente y no cree deberme consolar.) ¡Ah, cuánto sufro! (A él.) Federico...

FED. Perdone usted, señora; apenas me atrevo á presentarme delante de usted.

ISAB. ¿Por qué? ¿Crees que no he participado de los temores que los dos me habéis causado, yendo en ello lo que más aprecio en el mundo? (Mirando á Felipe.)

VIZ. Es usted muy amable, tía; ya sabe que ha hecho un gran servicio á toda la familia.

ISAB. Por lo mismo debemos agradecersele de una manera digna de nosotros. Sobrino,

varias veces hemos hablado de tu boda con Matilde; pero me parece que he leído en su corazón...

MAT. ¿Me dice usted á mí, tía?

ISAB. Sí; me parece que prefiere, como su madre, una boda por amor á una boda por razón de estado; y para satisfacer de este modo las obligaciones de toda la familia, he determinado, si á ella le parece bien, conceder su mano á aquel á quien tú debes la vida.

FED. ¡Es posible!

MAT. ¡Qué fortuna!

VIZ. (Por consideraciones á mí le da una herida de cien mil reales de renta. ¡Jesús, lo que me quiere mi tía!) (Felipe se acerca á doña Isabel.)

ISAB. Y además haré por Federico lo que debo hacer. (Bajo.) Así que se casen, Felipe, ahora no.

FEL. (Id.) ¿Qué tiene usted?

ISAB. (Id.) ¡Qué ganas tengo de abrazarle!

FEL. (Id.) ¿Y quién se lo impide á usted?

ISAB. (Id.) No me atrevo.

FEL. (Id.) ¿No se atreve usted? ¡Qué desgraciada debe usted ser! Vaya, (Alto.) caballero, ¿quiere usted más? Ha hecho usted

una bonita suerte; una mujer lindísima, cien mil reales de renta... ¿No da usted las gracias á quien tanto hace por usted?

FED. ¡Ah! Mi vida no bastaría para... (Besa la mano á doña Isabel.)

FEL. ¡Eh! No, señor, así no. (Empujándole.) Un abrazo; la señora lo permite.

ISAB. ¡Ah! (Le abraza.) No resisto más. ¡Hijo mío!

FED. ¿Qué dice usted!

MAT. y VIZ. ¡Su hijo!

ISAB. Sí, amigos: ha llegado el momento de descubrir un secreto que ha estado á punto de exponernos á todos á una desgracia. Vuelve, hijo mío, á mis brazos, y tú, Felipe, basta de humillaciones; llega, y ocupa para siempre el lugar que de derecho te corresponde, y que te ha conquistado tu virtud. Felipe es mi esposo.

MAT. y VIZ. ¿Qué dice usted!

ISAB. Sí; más despacio podré explicaros este arcano. (A Felipe.) Desde hoy sólo tendrás á tu cargo la felicidad de toda la casa.

FEL. Yo soy dichoso, más dichoso que nadie; mirelos usted unidos; estos eran los deseos de Felipe; se han cumplido, y ya nada necesito.

FIN DE LA COMEDIA